

El dominio estatal de la agricultura campesina

Estudio sobre los ejidatarios minifundistas de la comarca lagunera

ALFREDO R. PUCCIARELLI

INTRODUCCIÓN

En un trabajo anterior presentamos algunos resultados de una investigación colectiva destinada a reconstruir, entre otras cosas, la evolución histórica del sistema agrario de la Comarca Lagunera (Pucciarelli, 1984). En el transcurso de la investigación tratamos de demostrar que la gran crisis algodonera de la década de los años cincuenta produjo una quiebra definitiva de la orientación monoprodutora que impulsó el desarrollo regional, durante los cien años anteriores, y un cambio sustancial de las estrategias de producción de los dos sujetos sociales fundamentales: ejidatarios y pequeños propietarios. Desalentadas por el drástico abatimiento de los precios en el mercado internacional y de los márgenes de beneficio, las empresas capitalistas del sector privado eliminan el algodón de sus explotaciones, introducen nuevos cultivos e implantan nuevos establos ganaderos, bases del gran complejo agroindustrial prevaeciente en la actualidad. Los campesinos minifundistas del sector ejidal, condicionados por el sistema de créditos y por el régimen de distribución de aguas en el Distrito de Riego, continúan ligados, en cambio, al cultivo tradicional del algodón; pero introduciendo constantes innovaciones tecnológicas que modifican radicalmente la organización técnica y social de la producción.

El desarrollo tecnológico genera un sustancial aumento del rendimiento de los cultivos y permite compensar, con mayor productividad, el permanente descenso de la superficie sembrada en el sector privado, pero no permite resolver la cuestión fundamental: la sensible disminución del nivel de ingresos de la familia campesina, que amenazó con disolver, por efecto de la crisis, a las economías campesinas del sector ejidal. Veinte años continuos de pérdidas económicas para los ejidatarios algodoneros transformaron la crisis aguda de los años cincuenta en una especie de crisis endémica, que sólo pareció finalizar a mediados de la década de los

años setenta, cuando se tornaron nuevamente favorables las condiciones del mercado internacional. Durante ese largo período, los ejidatarios minifundistas sobrevivieron auxiliados y subsidiados, de diversas maneras, por los organismos técnicos y económicos del Estado.

Para superar con aumentos de productividad las condiciones económicas deficitarias de la producción algodonera, el Estado fue ampliando sus formas de participación, directa e indirecta, en los diversos aspectos y etapas de la producción, cubriendo los espacios y funciones abandonadas por el capital privado, quien por falta de estímulos o, mejor dicho, por la reducción del excedente expropiable a los campesinos, también se ha ido retirando de la esfera de la circulación. En la actualidad, el Estado controla el 71 por ciento de la superficie algodonera y el 82 por ciento de los productores ejidales; lo mismo ha ocurrido con la provisión de algunos insumos, con la administración de las "plantas despepitadoras" y, en menor medida, con su participación en el proceso de comercialización.

A pesar de todo ello y de la insistencia en la estrategia "modernizadora", las múltiples formas de participación y asistencia no han podido mejorar las condiciones de reproducción campesina, ni siquiera en la etapa actual, en la cual se registran periódicas elevaciones de precios. Durante la última década, las estadísticas no registran pérdidas, pero, en la realidad, los costos no se elevan porque, en comparación con otro tipo de trabajadores, se ha disminuido sensiblemente la retribución monetaria de la fuerza de trabajo campesina. En 1982, el ingreso medio del productor algodonero resultó 20 por ciento más bajo que la remuneración de un trabajador asalariado no calificado.

Esta enorme discrepancia entre el alto nivel de tecnificación de los grupos ejidales y el bajo nivel de ingresos del productor algodonero, sólo puede ser explicada si se tiene en cuenta, que a pesar de mantener la imagen de campesino independiente, el ejidatario lagunero ha perdido, desde hace mucho tiempo, la posibilidad de calcular costos y de fijar el valor de su propio trabajo. Esta función ha sido absorbida, entre otras, por el Banco que lo financia, quien de acuerdo con sus propios criterios determina cuál es la proporción del crédito que debe retribuir los trabajos realizados por la mano de obra campesina, en su parcela. De este modo, abaratando el trabajo el banco disminuye costos, reduce la posibilidad de que la producción se vuelva deficitaria y procura recuperar la totalidad del monto del crédito concedido.

Por medio de ese y de otros mecanismos, la pobreza crónica del ejidatario algodonero subsidia, de un lado, el proceso de tecnificación, y mantiene estable, de otro, un sistema que no le aporta utilidades, pero beneficia con grandes ganancias a los proveedores de maquinaria y agroquímicos, a la vez que justifica el papel de un amplio sector burocrático estatal, empeñado en seguir manteniendo esta estrategia de producción, a pesar de sus magros resultados.

La creciente debilidad económica de los ejidatarios, su incapacidad para autofinanciarse y la expansión de las funciones controladas por los organismos estatales son, por consiguiente, los polos opuestos de un mismo proceso, que tiende a configurar un nuevo régimen de producción y a modificar profundamente las condiciones de reproducción del sector campesino en la región.

En este artículo presentamos elementos empíricos y algunos criterios analíticos, destinados a esbozar una primera explicación de la naturaleza de este nuevo régimen, así como la incidencia que ha tenido en las características de evolución del universo campesino. Utilizamos para ello algunos de los datos obtenidos en observaciones de campo, entrevistas y encuestas realizadas como parte de la investigación ya mencionada.¹

I. LA AGRICULTURA INTENSIVA DEL SECTOR EJIDAL BAJO UN NUEVO RÉGIMEN DE PRODUCCIÓN

La permanencia del algodón en las parcelas campesinas no puede ser explicada fuera del nuevo contexto social creado por la creciente intervención del Estado en la agricultura regional. Tampoco se puede comprender la evolución de la economía familiar sin determinar su forma de participación en los "grupos asociados para la producción", una forma de organización impuesta por el Banco, que se ha convertido, en la práctica, en uno de los elementos fundamentales de la estructura ejidal. Banco, ejido, grupo asociado y productor campesino establecen un nuevo sistema de relaciones que, por la predominancia del primero sobre los demás, denominamos, junto a otros investigadores, "agricultura estatizada" (Rello, s.f.).

Con base en el crédito y la distribución del agua, el Estado ha montado, efectivamente, un sistema de múltiples condicionamientos, donde la estabilidad del campesino en su parcela, el bajo nivel de sus ingresos, la aceptación pasiva de la estrategia tecnológica y la paulatina desapropiación del control sobre el proceso de producción no pueden ser analizados aisladamente. Son efectos, en algunos casos contrapuestos, de un sistema de relaciones, en el cual el campesino cede su autonomía para obtener seguridad y el Estado brinda seguridad y asistencia para mantener un tipo de cultivos que de otro modo ya hubiera prácticamente desaparecido en la región, o se hubiera mantenido con base en grandes modificaciones del régimen de tenencia de la tierra y de la estrategia tecnológica.

¹ Se trata de una investigación realizada en la región de La Laguna, por un equipo de trabajo perteneciente a la Universidad de Coahuila, con sede en la Ciudad de Torreón, como parte del Programa Sistema Alimentario y Sociedad, localizado en la Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Xochimilco). El diseño, ejecución y análisis del trabajo de campo fue llevado a cabo, con la coordinación del programa, por Jorge del Pie, Avelino Hernández Corichi y María J. Suárez.

El campesino obtiene una relativa estabilidad, garantizada por el Estado, si permanece dentro del nuevo régimen, o sea, si continúa produciendo una materia prima esencial para la industria y para la obtención de divisas en el mercado internacional. Recibe asistencia técnica y financiera si acepta las condiciones técnicas de la producción fijadas por el banco, es decir, si se dispone a adquirir la maquinaria y a utilizar los insumos agroquímicos provistos en su inmensa mayoría por una extensa red de establecimientos comerciales en la cual se entrelazan los intereses del capital extranjero y de la burguesía regional. De ese modo se asegura, al comienzo del ciclo de producción, un ingreso previamente determinado por el banco, que no varía con las condiciones de comercialización, si resigna en la práctica la obtención de utilidades y una remuneración acorde con la naturaleza de su trabajo.

Manteniendo bajo esas condiciones una producción que no puede realizar el sector privado porque no brinda ganancias adecuadas, el Estado resuelve, o atenúa, un serio problema de articulación técnica y económica entre la agricultura y la industria. Si los campesinos dejaran de producir sin utilidades esta materia prima, se elevaría el precio en el mercado, o habría que erogar divisas para importarla desde el exterior. Mientras la situación continúe como hasta ahora, los bajos ingresos del sector campesino permitirán seguir subsidiando, indirectamente, a la industria textil o al sector externo de la economía. El banco ha transformado su "función social", es decir su política de asistencia al campo, en un velado mecanismo de "refuncionalización" de las economías campesinas al sector privado, mecanismo a través del cual fluyen junto al intercambio de maquinarias, insumos agroquímicos y materias primas los excedentes generados por los productores ejidales.

La creciente intervención estatal se convierte, por lo tanto, en garantía de sobrevivencia, tanto de la producción como de las economías campesinas, aun en los largos períodos de rendimientos económicos negativos. Pero, para sobrevivir durante tanto tiempo bajo condiciones globalmente deficitarias, la actividad algodonera debe ser subsidiada, especialmente en el sector ejidal. El Estado mantiene, contra viento y marea, una especialización productiva antieconómica, transfiriendo excedentes sociales hacia los productores algodoneros a través de la asistencia financiera.

En nuestro caso, esta forma de subsidio económico cumple varias funciones a la vez: impide la reducción de la oferta de un producto esencial para la industria textil nacional y abarata su precio, convirtiéndose entonces en un subsidio indirecto al proceso de industrialización por sustitución de importaciones.

Mediante la estrategia tecnológica "modernizadora", que permite cubrir el primer objetivo en una región con grandes restricciones naturales, amplía el espacio económico para la penetración del capital externo y genera, simultáneamente, la posibilidad de encarar un nuevo rubro de sustitución de importaciones, ya sea a través de la inversión externa, de la

reinversión de capital nacional o de la participación de las empresas estatales. Garantiza la subsistencia económica de las unidades campesinas y la permanencia de los ejidatarios al frente de sus parcelas. Mediante el subsidio los despoja, como veremos, de su condición estrictamente campesina, para articularlos adecuadamente a un sistema agroindustrial en el cual cumplen la función de proveedores de materia prima, pero sin obtener ganancias, ni ningún otro tipo de beneficios económicos. Como el banco estatal tampoco busca, ni obtiene, ganancias del capital invertido, su "función social" se articula con la unidad campesina dentro de un régimen sui generis cuya dinámica favorece, en última instancia, la acumulación de capitales ubicados en sus extremos, la provisión de insumos y el consumo de la producción.

No es ésta oportunidad para discutir si la función económica del sistema banco-campesino predomina sobre su función social, lo cual no impide reconocer que al estabilizar la economía ejidal e impedir la apropiación de sus recursos por parte de un tipo de capital ávido de nuevos ámbitos territoriales, atempera, entre otras cosas, uno de los problemas más graves de la sociedad mexicana actual: la migración del campo a la ciudad. La estabilidad campesina se traduce a su vez en armonía social, o, para ser más precisos, en condición de apaciguamiento de conflictos sociales que podrían traducirse en una onerosa modificación de las reglas de dominio en que sustenta la autoridad y el poder del Estado. El subsidio económico favorece la estabilidad del sistema social regional y la ampliación de la influencia de la tecnoburocracia estatal, su permanencia se ha convertido en condición de equilibrio entre ésta, la población campesina y la burguesía regional; los mismos actores —ahora sustancialmente modificados— que ingresaron a la escena regional después del reparto agrario. El subsidio tiene, por lo tanto, una gran influencia en el modo de funcionamiento de la parcela campesina, influencia que se transforma, a la vez, en instrumento de control social de los productores, en canal de subordinación política de los grupos campesinos y en capacidad de negociación estatal frente a los sectores más poderosos de la sociedad. Refuerza el poder global del Estado y consolida una de sus funciones fundamentales: garantizar la reproducción ampliada del sector capitalista en un clima de paz social, exento de conflictos graves sobre el control de recursos naturales y sobre las formas prevalecientes de distribución del ingreso regional. La armonía social descansa en una clara delimitación de los ámbitos específicos de cada sector —propiedad privada y ejido—, de su respeto mutuo, ausencia de invasiones campesinas respecto de las estructuras ejidales, y de sus formas de articulación, todas ellas resguardadas por la vigilancia y control de las instituciones estatales.

Veamos ahora cuál es el origen social y los principios de funcionamiento de este régimen, reconstruidos a partir de la descripción de la trama de relaciones concretas —técnicas, económicas y sociales— que vinculan a los diversos agentes entre sí; la descripción, producto de un

largo trabajo de investigación, se presenta en el trabajo de María Josefa Suárez (1983), al cual remitimos al lector. Para empezar, recordemos que la asistencia financiera otorgada al campesino genera, dentro de este esquema, una contradicción fundamental: se concede con el propósito de suplir la insuficiencia económica de los campesinos para abordar por su cuenta, autónomamente, el inicio del ciclo de producción; pero, por sus efectos posteriores, es decir, por la imposibilidad de obtener, bajo la dirección del banco, excedentes acumulables cuando finaliza el proceso de producción, perpetúa las causas de la heteronomía campesina, y transforma una acción de fomento, que debería impulsar su crecimiento, en una relación permanente de sujeción, sin posibilidad de resolución.

Por tal razón, en busca de un auxilio económico imprescindible para su sobrevivencia, los campesinos se dirigen año con año al banco, dispuestos a aceptar de antemano las condiciones técnicas y financieras que acompañan el otorgamiento del crédito. El "crédito de avío", concedido para financiar casi todo el proceso de producción, en cuotas y a muy bajo interés, constituye, en efecto, el mecanismo fundamental de subordinación campesina. Por este medio, el banco estatal, bajo sus diversas formas, ha subsidiado en la práctica una buena parte de la economía ejidal algodonera durante casi toda su historia, especialmente en los críticos períodos de rendimientos económicos negativos. Pero su objetivo explícito, el contenido de su función social, su aparente necesidad de sobrevivencia, lo obliga a diseñar cambiantes estrategias para lograr exactamente lo contrario, o sea, recuperar la totalidad de los créditos otorgados durante cada ciclo de producción. El aspecto más importante del subsidio ha sido, en efecto, la periódica condonación de las deudas campesinas impagas, una especie de moratoria casi permanente, que dibuja un círculo perverso de mutua dependencia e ineficiencia. El banco no puede ejecutar a los campesinos morosos porque las consecuencias derivadas de una conducta estrictamente mercantil se oponen a su función social, garantía de la estabilidad y sobrevivencia ejidal; tampoco puede abandonarlo a su suerte suspendiendo el crédito, porque ello significa la ruptura del pacto social Estado-campesinos y modifica el contenido de una parte de las relaciones políticas en que se sustenta.²

Una gestión financiera eficiente que armonice las necesidades globales del Estado con las aspiraciones de ascenso del grupo técnico que la dirige es aquella que cumple con tres funciones a la vez: asegurar la producción agrícola, la reproducción campesina y la recuperación del crédito —régimen autofinanciado, que utiliza los fondos nacionales destinados a la promoción agraria para ampliar sus esferas de acción y no para cubrir los déficit de su mal funcionamiento. La eficiencia del régimen depende,

² Un análisis de la evolución de la relación entre políticas del Estado, características de los grupos de producción y organizaciones campesinas puede hallarse en: Martínez (1980). Sobre políticas de crédito en la región, véase Arboleyda y Vázquez (1978).

entonces, de su capacidad para igualar o superar los costos de producción, incluyendo la retribución del trabajo campesino, con los excedentes obtenidos al final del ciclo, y para asegurar la oportuna restitución de los montos asignados a su financiamiento. Si se generan además excedentes apropiables por el productor, la situación se torna óptima, siempre y cuando la acumulación no se traduzca en independencia y capacidad autogestionaria, una posibilidad que reduciría el campo de influencia de la burocracia y el alcance del nuevo régimen de producción.³

La autosuficiencia económica del régimen controlado por el banco parece depender, entonces, de una adecuada organización técnica y social de la producción. Si productividad física y económica marchan unidas, la prosperidad campesina y el aumento de la producción garantizarán la reproducción sin subsidios del sistema financiero. El diseño de la estrategia más acertada y el control de una correcta ejecución nace de una necesidad compartida por el banco y los campesinos, donde cada uno aporta sus mejores recursos, según el nivel de sus posibilidades. En este punto, la armonización de intereses y funciones, radica obviamente el origen de las diferencias sociales entre burocracia y campesinos, que conducen a la amplificación de las formas de subordinación a medida que se despliegan las potencialidades del régimen. Los campesinos controlan su trabajo, sus recursos naturales y a veces sus medios de producción. La burocracia trata de superar las limitaciones de la dispersión minifundista, imponiendo formas de asociación para la producción, diseñadas según principios que aceptan sólo pequeñas variaciones. Impone, mediante diversos mecanismos de condicionamiento, los criterios técnicos de uso del suelo y las formas de aprovisionamiento de los insumos adecuados, elementos fundamentales de una estrategia que se torna cada vez más inmanejable por el campesino individual a medida que aumenta su "modernidad", es decir, su nivel de complejidad tecnológica. El banco fija el calendario de siembras y la modalidad de riego, provee la semilla mejorada, establece el tipo, la calidad y la cantidad de fertilizantes a utilizar según las características del suelo, propone los procedimientos y los insumos adecuados para el control de plagas y enfermedades, controla el funcionamiento de las despepitadoras ejidales, interviene en el proceso de comercialización, etcétera. El banco es la cabeza que piensa y planifica la estrategia económica del régimen, justifica las medidas adoptadas, atiende los imprevistos, propone los cambios, controla el funcionamiento de los grupos y decide sobre las medidas correctivas a adoptar en cada circunstancia.

Los campesinos se asocian en pequeños grupos según criterios estable-

³ La recuperación del crédito es permanente preocupación de la política del Banco. Ante la crisis actual, se reedita una nueva versión del viejo intento de no autorizar nuevos adelantos a los campesinos "ineficientes" que mantienen carteras vencidas. Véase, por ejemplo, los anuncios publicados en el periódico *La Opinión* del 17 de noviembre de 1983 y del 5 de marzo de 1984.

cidos como condición para obtener créditos, aceptan la estrategia tecnológica, reciben el dinero en cuotas reguladas de acuerdo con el calendario de labores, los implementos, los insumos y realizan sin oposición ni iniciativas la secuencia de trabajos previstos en los planes de producción elaborados por los técnicos. Ya no son campesinos en el sentido estricto del concepto, no planifican ni controlan su proceso de producción, no administran sus recursos ni deciden sobre la mejor forma de utilizarlos; no tienen capacidad de fijar el destino de sus excedentes, cuando los obtienen. La evolución natural del nuevo régimen los ha ido despojando de su condición campesina, pero no los ha transformado en simples asalariados. Forman parte de un universo en expansión de nuevos sujetos, socialmente híbridos, localizados en diversas regiones del país, una nueva forma de mano de obra en la agricultura estatizada, que no ha recibido un nombre adecuado, ni ha sido suficientemente estudiado todavía.⁴

Dentro de este esquema, la organización ejidal, en sus diversas instancias, se ha convertido en la correa de transmisión, en el punto de articulación que transforma las directivas emanadas desde el cerebro ordenador, en órdenes y formas de control de las acciones ejecutadas por la masa de productores-trabajadores minifundistas. Una función que sirve de canal, a la vez, para lograr otro de los objetivos fundamentales del régimen: la desmovilización y el control político-burocrático de los ejidatarios. En esa condición se basa la dinámica, la forma de organización y el estilo excluyente, no participativo, de las instituciones gremiales y de los partidos políticos comprometidos con el Estado.

El banco estatal, absorbiendo funciones productivas cada vez más complejas, es mucho más que una institución financiera, se ha convertido en una inmensa maquinaria multifacética, que necesita alimentarse, año con año, del producto generado por el trabajador campesino. El ejidatario minifundista, sin recursos, con escasa preparación técnica y bajo nivel cultural para afrontar los requerimientos de este tipo de agricultura, va perdiendo, en cambio, paulatinamente sus atributos sociales, absorbido por la voracidad expansiva de la nueva capa social tecnoburocrática. Desapropiado, poco a poco, del control de sus medios de producción y de la administración de su trabajo, constituye la base de un esquema de relaciones sociales desiguales, dirigido por aquella y controlada por la burocracia ejidal. Alrededor de estos tres sujetos fundamentales —ejidatarios minifundistas, administradores del banco y líderes de grupos, de ejidos y de organizaciones campesinas— se entretije la trama de relaciones que define a la agricultura estatizada y sus principios de funcionamiento.⁵

⁴ Los pocos autores que se han aproximado a esta nueva realidad del campo mexicano, coinciden en señalar la necesidad de profundizar el análisis de las características económicas, sociales y aún políticas de la agricultura estatizada, para ampliar posibilidades de conceptualización.

⁵ El BANRURAL ha generado, desde hace tiempo, una clara imagen de gran empresa agrícola, que forma parte del lenguaje cotidiano de la región. Así, es frecuente hallar el siguiente tipo de encabezamiento periodístico: "El Banco pro-

Todo el sistema se basa, como hemos dicho reiteradamente, en la circulación del capital estatal, distribuido bajo la forma de "crédito de avío". Aunque el "crédito refaccionario" desempeña un papel fundamental para orientar los excedentes campesinos hacia la sobremecanización, los criterios de distribución del avío anual sustentan los aspectos fundamentales de la estrategia de producción y, a través de ella, los mecanismos específicos de subordinación campesina. Las directrices técnicas y económicas que regulan el proceso de producción, son diseñadas por la cúpula tecnoburocrática del banco, con ayuda de algunos organismos auxiliares (SARH, ANAGSA, PRONSASE, FERTIMEX) y se condensan en el Plan de Operaciones, especie de documento supremo que contempla, de manera perfectamente secuenciada, todos los aspectos del desarrollo de los cultivos. Determina la extensión de la superficie a cultivar y el número aproximado de ejidatarios que pueden ser habilitados para el crédito, cada año, dentro del régimen. Fija el monto global del financiamiento para el cultivo, su costo de producción por hectárea y, en función de ello, la asignación correspondiente a cada productor o grupo de productores. Impone la forma de organización y la composición mínima de los grupos, los mecanismos de canalización del crédito, el tipo de contabilidad, el estilo de administración y la forma de pago.⁶

Pero, aunque son fundamentales para definir la naturaleza del régimen, estas disposiciones coercitivas no explican su funcionamiento. El proceso de control y desapropiación campesina es consecuencia de la conjunción de tres factores: el abono del crédito en cuotas escalonadas de acuerdo con el desarrollo de las tareas estipuladas en el plan; el abono obligado, en especie, de la parte del crédito correspondiente a insumos agroquímicos, y los mecanismos administrativos para la adquisición de implementos y contratación de servicios imprevistos.

El abono en cuotas, contra la realización de cierto tipo de tareas, fracciona de hecho la dinámica del trabajo campesino, le quita al ejidatario el control y la percepción del proceso global de producción y lo somete a una severa fiscalización burocrática, de la cual depende la obtención de los recursos monetarios, la continuación de las labores y, en última instancia, su propia sobrevivencia. Ejecuta los trabajos respetando las características y la oportunidad contempladas en el plan o se suspende el crédito y se abandona el cultivo. Una situación extrema, una amenaza de castigo sumamente infrecuente, porque, a lo largo de los años, el productor ha aprendido a obedecer las directivas burocráticas y plegarse a las indicaciones de los funcionarios, aunque ello se oponga a sus propios intereses y lesione la eficiencia del conjunto.

dujo este año un volumen de algodón mayor al del año anterior". *Cfr.*, informes económicos del periódico *El Siglo*, años 1975 a 1982.

⁶ Véase Banco de Crédito Rural del Centro Norte: *Determinación de la viabilidad económica y asignación de recursos financieros para la producción*, Torreón, años 1976 a 1983.

El sistema de crédito en especie refuerza a su manera la misma tendencia. El productor no elige el fertilizante que mejor se adapta a su tierra, ni los herbicidas o insecticidas más adecuados para el combate de las plagas específicas que pueden afectar su cultivo. No decide sobre el volumen de las dosis, ni sobre la mejor oportunidad de su aplicación. Tampoco controla sus especificaciones técnicas, su calidad, el estado de conservación y la eficiencia de los métodos de disseminación. Todo depende de los tipos de agroquímicos adquiridos por el banco, de su sistema de conservación y transporte, de sus criterios técnicos, de sus métodos de distribución. Responsable de la ejecución de un esquema tan moderno y sofisticado, este campesino no tiene prácticamente ningún contacto con el mercado, no afronta problemas ni toma decisiones, no elige alternativas ni controla el resultado de las labores, no tiene recursos económicos ni aptitudes técnicas para corregir los errores y superar a tiempo los obstáculos imprevistos. Sin posibilidad de controlar la totalidad del proceso productivo ni de articular con criterios propios cada una de las etapas, se limita a ejecutar mecánicamente los trabajos preestablecidos y transfiere, en la práctica, la responsabilidad sobre los resultados obtenidos a la burocracia que diseña la estrategia, obligándolo a aceptar las sugerencias como si fueran órdenes.⁷

En efecto, frente a los imprevistos, la maquinaria burocrática pone al descubierto sus mecanismos inútilmente complicados y su incapacidad natural para responder con una adecuada organización a las exigencias de un esquema de producción tan delicado y vulnerable a la acción de agentes externos. El método utilizado para descubrir y combatir plagas e infecciones repentinas es, quizás, el ejemplo más dramático y elocuente, aunque no el único.⁸ Los mismos problemas se repiten cuando es necesario reparar con urgencia maquinaria averiada en tiempo de labores, cuando se deben remplazar insumos inadecuados, contratar servicios externos, ampliar el volumen estacional de mano de obra, etcétera. En todos los casos, los desmedidos mecanismos de control burocrático obstaculizan la iniciativa del productor y lo obligan a transitar por una serie de vericuetos administrativos, que terminan retrasando o diluyendo la adopción de respuestas adecuadas. La iniciativa se transforma en sentimiento de resignación ante la reiterada comprobación de que las necesidades de control de la cúpula burocrática se contradicen con la natural disposición de los trabajadores a aumentar la eficiencia productiva y, a través de ella, los beneficios económicos.

⁷ El 62% de los campesinos encuestados, no toman decisiones colectivas respecto a la producción; éstas son delegadas al jefe de grupo y al representante del Banco.

⁸ El problema fundamental del control de plagas es la oportunidad de aplicación, un principio que no puede ser respetado si el productor ingresa en el complicado laberinto de procedimientos burocráticos, estipulados por el Banco. Véase Suárez (1983).

Los objetivos del nuevo régimen y sus principios de organización se hallan contrapuestos, envueltos en una contradicción aparentemente insuperable que, entre otros efectos, disminuye severamente la capacidad de utilizar adecuadamente el costoso paquete tecnológico adoptado. Como no puede extraer de las innovaciones, los insumos y la maquinaria toda su potencialidad productiva, es un régimen ineficiente. Por esa causa, a pesar de emplear un paquete tecnológico prácticamente similar al de las empresas algodoneras capitalistas, su nivel de productividad es sensiblemente más bajo (Pucciarelli, 1984: gráfica 14). Al imponer sus criterios tecnológicos dentro de un régimen poco eficiente, el banco provoca un estado de endeudamiento casi perpetuo del productor y, a la vez, la pérdida del control sobre su proceso de producción. Para asegurar la recuperación del crédito refaccionario y garantizar una adecuada administración del crédito de avío, se halla compelido, dentro de este esquema, a multiplicar los mecanismos de control burocrático y diseñar una rígida organización técnica del trabajo, que responda adecuadamente al conjunto de disposiciones elaboradas en sus gabinetes. Pero en la medida en que los campesinos mantienen todavía el control de sus recursos naturales y constituyen sus propias organizaciones para la producción, la incidencia del banco tiene un límite: no puede regir directamente el trabajo en las parcelas, sus métodos de supervisión deben ser indirectos. Impone los criterios y evalúa los resultados, pero no organiza directamente la producción, la subordinación campesina es incompleta y deja un espacio indefinido, que no es adecuadamente cubierto ni por la iniciativa autónoma del productor ni por las sugerencias coercitivas de la burocracia. En ese punto, se despliega la contraposición de intereses y expectativas entre el “inspector de campo” —personaje central del sistema, delegado por el banco para supervisar la marcha de la producción, autorizar la entrega del crédito en cuotas y atender los imprevistos— y las respuestas discrepantes de los ejidatarios minifundistas; un conflicto sin resolución aparente, que por su determinación objetiva supera la percepción individual de los actores y es asumido, todavía, con proyecciones ideológicas encubridoras de su verdadera naturaleza. Dentro de un campo plagado de mutuas acusaciones, el campesino es visto por el banco como un sujeto indolente, irresponsable y desinteresado, y el funcionario es visto por el campesino como el representante de un poder omnímodo, ineficiente y corrompido, supremo hacedor de un sistema insensible a las demandas de los productores, que sólo beneficia la expansión del poder burocrático.⁹ La situación se agrava aún más por la propia incapacidad de la red

⁹ Las disputas entre el Banco y los grupos campesinos, sobre la responsabilidad respecto a la realización deficiente o inoportuna de las tareas, son interminables y trascienden muchas veces al ámbito periodístico. Confrontar, por ejemplo, información del periódico *La Opinión* del 17 de noviembre de 1983.

burocrática para cumplir eficientemente las funciones sustraídas a la organización campesina. En ese contexto, la percepción de la “incapacidad” y el “desinterés” campesino obliga al aparato burocrático a multiplicar los mecanismos de control administrativo, pero el avance ininterrumpido de los obstáculos y las interferencias administrativas refuerzan la actitud de resignación del productor, es decir, los vicios y las limitaciones derivados de los propios principios de funcionamiento del sistema. Un círculo vicioso insalvable, que nace de una clara oposición entre las exigencias de la división técnica del trabajo y las características de la organización social de la producción. Un sistema que, como hemos visto, no puede obtener adecuados niveles de productividad de los cultivos, ni puede ofrecer satisfactorios niveles de ingresos a sus productores. Un sistema globalmente ineficiente, incapaz de cumplir sus propios objetivos, que requiere, para mantener su precaria estabilidad, de permanentes auxilios estatales bajo la forma de subsidio.

Así, la víctima principal de una estrategia técnica y una forma de organización de la producción inadecuada e ineficiente es el propio campesino, despojado de sus recursos, sometido al control de un voraz aparato burocrático y sumido en una economía deficitaria, que va deteriorando paulatinamente sus condiciones de vida y de trabajo. La fuente principal de sus precarios ingresos no proviene de sus utilidades —que unos años son iguales a cero y otros se destinan a saldar deudas acumuladas— sino de “la raya”, una especie de salario semanal que el banco le otorga durante casi todo el año como retribución por los diversos trabajos realizados en su parcela. En apariencia es un crédito concedido en cuotas para financiar la producción; la práctica, dentro del sistema, lo ha transformado sin embargo en una remuneración periódica disimulada, estipulada según las características del trabajo realizado.¹⁰

Los propios ejidatarios han percibido claramente este fenómeno y lo utilizan como justificación de su permanencia voluntaria en el régimen de la agricultura estatizada. El algodón —dicen— hace mucho tiempo que no arroja beneficios; pero asegura, con apoyo del banco, un ingreso regular durante casi todo el año. Una conciencia despojada de sus antiguos contenidos campesinos, que va acompañando la evolución de su situación material. Una actitud cuasi proletaria, que trata de obtener mayores anticipos del banco, sin relacionar sus periódicas demandas de mejores ingresos con el aumento de la producción ni de la productividad, en cultivos que ha dejado de percibir como propios. El control burocrático lo despoja también de su conciencia de trabajador independiente y lo impulsa a aprovechar pequeños resquicios para obtener algunos in-

¹⁰ El fenómeno de la “salarización” del trabajo campesino ha sido plenamente asumido por muchas organizaciones campesinas de la región y se expresa en algunas de sus demandas. La unión nacional de productores de algodón solicitó, en 1983, que se incremente a 600 pesos la asignación semanal de los ejidatarios algodoneros. Confrontar: Periódico *La Opinión* del 5 de marzo de 1983.

gresos adicionales —venta de insumos, renta de aguas, ahorro de trabajo, etcétera, que acaban disminuyendo la productividad de su parcela.¹¹

La transformación de la conciencia campesina se refleja, por último, en sus formas de participación social. Los nuevos ejidatarios, herederos de una larga tradición de luchas populares orientadas por las organizaciones campesinas, ha abandonado prácticamente sus antiguos centros de agrupamiento. Ya no intervienen en la toma de decisiones comunitarias, ni controlan las acciones de sus dirigentes. Han quedado marginados, mediatizados, por los manejos interesados de una nueva capa burocrática de origen campesino. Representantes de grupos ejidales, comisarios ejidales, líderes de uniones ejidales, de la confederación campesina, etcétera, han aprovechado y fomentado el vacío generado por la desmovilización y el retraimiento de los trabajadores campesinos, para construir un sistema de poder que se asocia mucho más con el conjunto de intereses de la burocracia bancaria que con las necesidades de sus representados. A pesar de ciertas acciones circunstanciales dirigidas a reivindicar, ante el banco, las exigencias más imperiosas de los grupos campesinos, se han convertido en centro de articulación entre la institución y los ejidatarios, en un nuevo núcleo de poder que tiende a asegurar la subordinación y el buen desempeño de los productores (véase Rello, *s.f.*; Martínez, 1980; Soriano, 1984). Una función política entremezclada con prácticas de enriquecimiento ilegítimo, toleradas y fomentadas por ciertas autoridades interesadas en aprovechar su influencia para terminar de cerrar, mediante la desmovilización y el escepticismo, el círculo de dominación iniciado con el despojo del control de sus recursos materiales.

II. CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL UNIVERSO CAMPESINO

La inserción actual del campesino algodonero dentro del régimen de la agricultura estatizada es producto de un largo proceso social determinado por las siguientes condiciones materiales de producción: la inmensa mayoría de los ejidatarios “laguneros” son minifundistas, riegan sus pequeñas parcelas con agua de gravedad monopolizada por el Estado y distribuida por la administración del Distrito de Riego, no pueden reunir un fondo propio para financiar su producción, dependen del financiamiento estatal y se hallan generalmente endeudados con el BANRURAL.

Este múltiple condicionamiento es tan evidente, que cuando alguno de esos obstáculos puede ser superado se traduce inexorablemente en cambios de la estrategia de producción dentro del algodón, en ruptura

¹¹ Este fenómeno y la “corrupción” de líderes y funcionarios, han sido utilizados para explicar la “ineficiencia” y los bajos ingresos campesinos. Nosotros lo desestimamos porque, si bien existe y ayuda a comprender algunos aspectos de la dominación intragrupos, es una mera consecuencia de las características del régimen.

de la relación de dependencia respecto al banco, en diversificación de cultivos, o en introducción de la ganadería lechera dentro del sector ejidal.

Por esa razón, dentro de la relativa homogeneidad social que caracteriza al universo campesino de la región aparecen distintos tipos de productores campesinos, como los que pueden observarse en el cuadro 1. Ahí

CUADRO 1

CAMPESINOS EJIDATARIOS DE LA REGIÓN LAGUNERA POR
TIPO DE ACTIVIDAD ECONÓMICA, 1983.

<i>Tipo de actividad</i>	<i>Núm. de ejidatarios</i>	<i>Extensión media del cultivo Has</i>	<i>Superficie total cultivada Has</i>
Algodoneros	32 568	1.5	48 852
Forrajeros	2 098	2.9	6 084
Estableros	3 432	2.4	8 237
Algodoneros diversificados	5 613	2.3	12 910
Total	43 811	1.7	76 083

FUENTE: Información proporcionada por SARH, BANRURAL, BANCOMER y refaccionadores particulares.

se confirma que, por su peso cuantitativo, los minifundistas exclusivamente algodoneros tienen una absoluta preponderancia: reúnen el 74 por ciento de las unidades de producción y el 64 de la superficie explotada. Como sólo utilizan agua de gravedad, no pueden regar más de 1.5 hectáreas y se hallan, como veremos, vinculados en su inmensa mayoría al BANRURAL. El resto de los grupos de productores mantienen, a pesar de sus diferencias, un importante atributo común: pueden regar parte de sus parcelas con agua subterránea y complementar o suplantar el algodón con nuevos cultivos. La utilización del agua subterránea les permite liberarse de los condicionamientos técnicos impuestos a la mayoría de los ejidatarios por el régimen de distribución del agua de gravedad, diseñado exclusivamente para mantener la producción de algodón. En conjunto, controlan el 36 por ciento de la superficie restante, con una extensión media de 2.4 hectáreas cada uno, que es 60 por ciento superior a la de los productores exclusivamente algodoneros. Algunos riegan exclusivamente con agua subterránea, pero la mayoría combina ambos tipos de riegos, en proporciones que cubren alrededor del 50 por ciento de la superficie

con cada uno (cuadro 2). El núcleo más importante lo constituyen los algodoneros diversificados, que utilizan el agua de gravedad para continuar con ese cultivo y el agua subterránea para incorporar otros, como complemento del anterior. En cambio los productores forrajeros y establos han erradicado prácticamente el algodón de sus parcelas, utilizan ambos tipos de riego casi exclusivamente para forrajes, los primeros para abastecer parte de la demanda regional y los segundos para alimentar los planteles ganaderos de sus propios establos.

CUADRO 2

CARACTERÍSTICAS DE LOS RECURSOS NATURALES CONTROLADOS POR LOS
EJIDATARIOS DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA

<i>Recursos naturales</i>	<i>Algodoneros</i>		<i>Forrajeros</i>		<i>Establos</i>	<i>Algodoneros diversificados</i>
	<i>Asociados</i> (1)	<i>Independ.</i> (2)	<i>Asociados</i> (3)	<i>Independ.</i> (4)	(5)	(6)
Extensión media de la parcela (ha)	4.2	4.0	5.3	4.0	5.5	4.0
Extensión media de la superficie de riego (ha)	1.5	2.0	2.9	3.3	3.6	1.9
% de la superficie regada con agua de gravedad	83	75	10	50	35	50
% de la superficie regada con agua subterránea	17	25	90	50	65	50

(1) 336 ejidatarios, reunidos en 16 grupos asociados, correspondientes a 7 ejidos.

(2) 12 ejidatarios.

(3) 28 ejidatarios reunidos en 2 grupos asociados, correspondientes a 2 ejidos.

(4) 39 ejidatarios.

(5) 79 ejidatarios, reunidos en 7 grupos asociados (establos), correspondientes a 5 ejidos.

(6) 68 ejidatarios, reunidos en dos grupos asociados, correspondientes a 2 ejidos.

FUENTE: Encuesta socioeconómica a ejidatarios de la Comarca Lagunera. Programa sas (1983: cuadros 17, 21, 25 y 29).

El control de los recursos naturales condiciona las estrategias de producción y éstas se reflejan, como veremos, en el nivel de ingresos y en ciertas diferencias de las condiciones de vida y de trabajo. Pero la relación no es tan unilineal, ni éstos son los únicos parámetros que permiten definir adecuadamente las diferentes características del perfil social de los grupos campesinos ejidales. Para rescatar los distintos aspectos de esa cuestión comenzaremos presentando cada grupo por separado.

CUADRO 3

PRODUCCIÓN Y PRODUCTIVIDAD DE LOS EJIDATARIOS DE LA
REGIÓN DE LA LAGUNA

<i>Producción y productividad</i>	<i>Algodoneros</i>		<i>Alfareros</i>		<i>Algodoneros Diversi- ficados</i>	<i>Estableros</i>
	<i>Asocia- dos (pacas)</i>	<i>Indepen- dientes (pacas)</i>	<i>Asocia- dos (ton.)</i>	<i>Indepen- dientes (ton.)</i>	<i>(pacas)</i>	<i>(litros x d)</i>
Volumen de producción	93	108	3 048	7 527	203	2 325
Productividad por hectárea	5.0	6.0	81.5	84.0	5.6	—
Productividad por parcela	6.9	9.0	263.3	193.0	6.0	—
Productividad por cabeza	—	—	—	—	—	17.2
Productividad por socio	—	—	—	—	—	97.1

FUENTE: Encuesta socioeconómica, cuadros 18, 22 y 26.

CAMPELINOS ALGODONEROS

Como ya hemos mostrado,¹² el minifundismo ejidal no es producto de un proceso social de apropiación de recursos naturales. Las pequeñas parcelas campesinas nacen con el reparto agrario de 1936 y se constituyen en uno de los condicionantes fundamentales del sistema agrario, dentro del sector ejidal. Condiciones que se han ido agravando, además, con el paso del tiempo, a medida que han ido disminuyendo los volúmenes de agua de gravedad distribuidos dentro del Distrito de Riego. Las transformaciones de la infraestructura hidráulica y las modificaciones de los métodos de riego y de cultivo del algodón, destinadas, entre otras cosas, a disminuir los coeficientes de consumo de agua por hectárea, no han podido evitar que por falta de caudales suficientes las 2.8 hectáreas promedio regadas en 1940 hayan descendido a 1.3 en 1983, y a sólo 1 hectárea en 1984, lo que significa un grave decremento del 64.2 por ciento respecto al período del reparto agrario (cuadro 4).

En 1982, año en el que realizamos nuestra encuesta,¹³ la extensión

¹² Porfirio Hernández (1975:145 ss.), demuestra que el minifundio ejidal es producto de las características del reparto agrario.

¹³ En adelante utilizaremos los datos de la encuesta ya citada. Una exposición completa de sus resultados puede hallarse en Programa SAS (1984).

CUADRO 4

EVOLUCIÓN DE LA SUPERFICIE MEDIA CULTIVADA CON ALGODÓN
Y AGUA DE GRAVEDAD EN LAS PARCELAS EJIDALES DE LA
REGIÓN DE LA LAGUNA

<i>Años</i>	<i>Superficie promedio anual por hectárea</i>
1936 – 1963	2.8
1964 – 1970	2.0
1971 – 1982	1.5
1983	1.3
1984	1.0

FUENTE: Programa SAS (1984).

media de riego y de producción era todavía de 1.5 hectáreas, de las cuales 1.4 se dedicaban al cultivo de algodón y el resto al cultivo asociado de maíz y frijol, destinados al autoconsumo. Como puede observarse en el cuadro 5b, las variaciones de superficie cultivada por los distintos grupos ejidales son muy pequeñas: oscilan entre 2, 3 y 1.2 hectáreas. Los datos confirman lo que venimos aseverando: el sector campesino algodoneró controla recursos naturales prácticamente homogéneos; la disminución de la superficie cultivable obedece más a problemas del medio natural que a procesos de apropiación social de recursos naturales, tal y como ocurre en otras regiones del país. La cesión de derechos de agua, el rentismo y el abandono de parcelas, si bien existen y explican casos aislados de enriquecimiento individual, no son importantes para fundamentar la expansión de los grupos, ni para caracterizar la evolución económica de las unidades de producción campesina.

A pesar del minifundismo y de la disminución de la superficie explotada en las unidades campesinas, el sector ejidal ha ido incrementando en forma casi constante sus índices de productividad (Flores y Pucciarelli, 1983, cuadro 5). Este fenómeno, unido a un incremento aún mayor en la pequeña superficie cultivada por el sector privado, mantiene a La Laguna en una situación de primacía en ese aspecto, sólo superada actualmente por las regiones algodonerías de Mexicali, en Baja California Norte, y de La Paz, en Baja California Sur (cuadro 6). El incremento de la productividad obedece al mejoramiento de la infraestructura hidráulica, a las innovaciones científico-técnicas y, sobre todo, a la utilización

CUADRO 5a

RENDIMIENTOS ECONÓMICOS DE LA PRODUCCIÓN DE ALGODÓN
ENTRE EJIDATARIOS DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA, 1982.

Concepto	Grupos asociados																		Produc- tores independen- tes
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	15	16	17	19	20	
1. Valor total de la producción (miles de pesos)	4 800	3 904	814	1 798	1 734	1 300	1 392	1 122	1 428	2 618	5 220	6 911	1 556	2 378	2 193	3 799	2'626	616	3 132
2. Valor por hectárea (miles de pesos)	240	217	116	150	123	168	174	125	102	128	174	123	97	158	115	190	114	51	174
3. Valor por socio (miles de pesos)	282	300	136	300	248	216	435	160	204	191	174	123	141	158	115	211	131	56	261
4. Costo total de producción (miles de pesos)	1 200	1 080	595	867	1 190	1 020	578	765	1 190	1 787	2 167	4 760	1 360	1 038	1 615	1 400	1 955	1 320	1 300
5. Utilidad total (miles de pesos)	3 600	2 824	219	931	544	280	814	357	238	893	3 053	2 151	196	1 295	578	2 399	671	-704	1 832
6. Porcentaje de utilidad total	300	382	37	107	63	27	141	47	20	50	141	45	14	119	36	171	34	-53	141
7. Utilidad por productor (miles de pesos)	212	217	36	155	78	47	203	51	34	64	107	38	18	86	30	133	33	-64	153

FUENTE: Encuesta socioeconómica.

CUADRO 5b

RENDIMIENTOS DEL CULTIVO DE ALGODÓN DE LOS PRODUCTORES EJIDALES
DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA, 1982

	<i>Grupos asociados</i>																			<i>Productores independientes</i>
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	15	16	17	19	20		
1. Volumen producción (pacas)	7.3	6.8	4.5	52	4.8	4.2	6.8	4.8	56	105	180	271	61	82	86	131	103	28	108	
2. Productividad por ha (en pacas)	7.3	6.8	4.5	52	4.8	4.2	6.8	4.8	4.0	5.0	6.0	4.8	3.8	5.5	4.5	6.5	4.5	2.3	6.0	
3. Superficie total del cultivo (h)	20	18	7	12	14	12	8	9	14	21	30	56	16	15	19	20	23	12	18	
4. Productividad por parcela (pacas)	8.0	10.2	5.5	7.8	9.7	8.0	12.0	6.2	8.0	7.5	6.0	4.8	5.5	5.5	4.5	7.3	5.1	2.5	9.0	
5. Extensión media del cultivo (has)	1.0	1.5	1.2	1.5	2.0	2.0	2.0	1.2	2.0	1.5	1.0	1.0	1.5	1.0	1.0	1.1	1.1	1.0	1.5	

FUENTE: Encuesta socioeconómica.

CUADRO 6

PARTICIPACIÓN DE LA REGIÓN LAGUNERA EN LA PRODUCCIÓN
NACIONAL DE ALGODÓN
(*pacas de algodón*)

<i>Año</i>	<i>Porcentaje de participación</i>
1952 - 1953	20.8
1957 - 1958	13.7
1962 - 1963	11.2
1967 - 1968	16.2
1972 - 1973	20.0
1977 - 1978	24.8
1981 - 1982	20.5

FUENTE: Revista *Algodón Mexicano*, años 1952 a 1982.

de un complejo "paquete tecnológico" que ha sido adoptado en forma prácticamente homogénea por la gran mayoría de los campesinos ejidales, tal y como puede observarse en los cuadros 7a y 7b.

Tan alto grado de desarrollo tecnológico permite mantener constantes los volúmenes de producción, dentro de un área sembrada cada vez más reducida, pero no permite obtener adecuados beneficios económicos. En efecto, el beneficio global obtenido durante 1982 por el sector ejidal fue de 2 170 millones de pesos, una cifra que, dividida entre las 32 568 unidades campesinas que participaron en la producción, arroja un valor medio de 81 982 pesos anuales por parcela, es decir, una utilidad de 6 832 pesos mensuales por ejidatario (PIFGI, 1983). Este cálculo coincide, por una parte, con los resultados de un minucioso estudio de caso realizado en un ejido algodouero, en el mismo año (CIANE, 1983) y con los datos de nuestra encuesta (cuadro 8). Pero, como puede verse en el cuadro 4, la utilidad media esconde grandes diferencias entre los grupos, que analizaremos más adelante.

Esto confirma lo que ya hemos afirmado en varias oportunidades: la escasa porción de recursos naturales que controlan, unido a los altos costos de producción de este paquete tecnológico, impiden obtener adecuados márgenes de beneficio a los productores algodoueros. Por esa razón, no

CUADRO 7a

CONDICIONES TÉCNICAS DE PRODUCCIÓN DE EJIDATARIOS ALGODONEROS
Y FORRAJEROS DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA

<i>Porcentaje de productores que utilizan:</i>	<i>Algodoneros</i>		<i>Forrajeros</i>		<i>Algodoneros diversifi- cados</i>
	<i>Asocia- dos</i>	<i>Indepen- dientes</i>	<i>Asocia- dos</i>	<i>Indepen- dientes</i>	
<i>1. Maquinaria</i>					
Arado mecánico	72	50	83	71	70
Tractor	100	83	100	71	100
Bordeadora	96	83	100	92	90
Niveladora	91	75	100	97	90
Fertilizadora	81	42			100
Sembradora			95	77	
Cortadora mecánica			16	64	
Empacadora			16	13	
Camión	1		16	13	0
Camioneta	29	60	16	33	35
<i>2. Insumos</i>					
Semilla mejorada	99	75	100	75	100
Insecticida	99	100	83	31	100
Fungicida	93	50	83	31	100
Plaguicida	99	67	83	10	100
Abono químico	83	64	45	6	90
Herbicida	87	33	83	23	100
Fertilizantes	100	100			100

FUENTE: Encuesta socioeconómica, cuadros 20 y 22.

CUADRO 7b

CONDICIONES TÉCNICAS DE PRODUCCIÓN DE LOS EJIDATARIOS ESTABLEROS
DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA

<i>Porcentaje de productores que utilizan:</i>	<i>Estableros asociados</i>
1. Maquinaria	
Arado mecánico	90
Tractor	100
Bordeadora	100
Niveladora	92
Sembradora	91
Cortadora mecánica	91
Empacadora	72
Camión	9
Camioneta	20
2. Insumos	
Semilla mejorada	100
Insecticida	87
Fungicida	76
Plaguicida	76
Abono químico	43
Herbicida	48
Vacunas	100
Antibióticos	100
Semen congelado	100
Servicio veterinario	100
3. Instalaciones	
Ordeñadora mecánica	100
Baños para ganado	100
Tanques refrigerantes	100
Mezcladora de alimento	57
Planta eléctrica	100
Silo de trinchera	86

FUENTE: Encuesta socioeconómica, cuadros 28a, 28b y 28c.

CUADRO 8

BENEFICIO MEDIO DE LA PRODUCCIÓN DE LOS EJIDATARIOS
DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA

	<i>Valor de la producción</i>	<i>Costo de la producción</i>	<i>Beneficio medio</i>
<i>Ejidatarios algodoueros</i>			
por hectárea	143 587	79 156	64 130
por ejidatario	197 576	108 920	88 656
<i>Ejidatarios alfaljeros</i>			
por hectárea	117 248	40 000	77 248
por ejidatario	288 746	98 507	190 237
<i>Ejidatarios alg. divers.</i>			
por hectárea	141 315	81 052	60 263
por ejidatario	157 940	90 588	67 357
<i>Ejidatarios estableros</i>			
por ejidatario	846 101	727 936	116 165

FUENTE: Encuesta socioeconómica, cuadros 19, 23, 27c y 31.

puede acumular excedentes y obtener un fondo de reposición, base de su autonomía financiera. Sin ese recurso económico, debe recurrir obligadamente al financiamiento externo, especialmente al de la banca estatal. En 1982, el Banrural otorgaba crédito al 82 por ciento de los campesinos algodoueros; el resto correspondió a ejidatarios "habilitados" por la banca privada, las casas algodoueras y los prestamistas particulares (cuadro 9).

Las instituciones bancarias entregan dos tipos de crédito: el de avío, destinado a financiar el ciclo de producción anual, y el refaccionario, otorgado para ampliar instalaciones y adquirir nueva maquinaria. Para obtener ambos tipos de crédito los campesinos están obligados a asociarse, primer tipo de condicionamiento que incide fuertemente en la forma de organización técnica y social de la producción. El grupo asociado, compuesto por un número no menor de cinco ejidatarios, tiene una larga tradición en la región y ha adquirido diversas modalidades, todas determinadas por los cambios de la política agraria del Estado. La asociación se impone al ejidatario para aprovechar más eficientemente los recursos naturales, la maquinaria, los métodos de adquisición y aplicación de

CUADRO 9

TIPO DE CRÉDITO OTORGADO A LOS CAMPESINOS EJIDATARIOS
DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA, 1982

A. *Productores algodoneros*

<i>Fuente de crédito</i>	<i>% de camp. habilitados</i>	<i>Tipo de sujeto de crédito</i>	<i>Tipo de crédito</i>	<i>Modalidad de crédito</i>	<i>Despepite</i>	<i>Comercialización de fibra</i>
Banrural	82	Gpo. asoc.	Avío-ref.	Avío en especie, refacc. en espe- cie	Unión de ejidos (obligado)	Fuertemente con- dicionado
Otros bancos	5	Gpo. asoc.	Avío-ref.	Avío en dinero, refacc. en espe- cie	Poco condicio- nado	Poco condicio- nado
Refac. partic. y casas comercializad.	13	Camp. indiv.	Avío	Avío en dinero y especie	Fuertemente con- dicionado	Fuertemente con- dicionado

NOTA: Por "condicionado" se entiende situaciones que implican obligación a pesar de que ésta formalmente no existe.
FUENTE: Informaciones proporcionadas por BANRURAL, SARH y BANGOMER.

B. Productores forrajeros

<i>Fuente de crédito</i>	<i>% campesinos habilitados</i>	<i>Tipo de sujeto de crédito</i>	<i>Tipo de crédito</i>	<i>Modalidad del crédito</i>	<i>Destino de la producción y comercialización</i>
BANRURAL	35	Grupo asociado	Avío, refaccionario	Avío en especie, refacc. en especie	Establos privados (sin condicionamiento)
Refaccionadores parts. (prop. privados de establos)	65	Campesino individual	Avío	Avío en dinero	Establos privados (condicionado)

FUENTE: Informaciones proporcionadas por Banrural, SARH y refaccionadores particulares.

C. Productores estableros

<i>Fuente de crédito</i>	<i>% campesinos habilitados</i>	<i>Tipo de sujeto de crédito</i>	<i>Tipo de crédito</i>	<i>Modalidad del crédito</i>	<i>Destino de la producción y comercialización</i>
BANRURAL	59	Grupo asociado	Avío refaccionario	Avío en especie, refaccionario en especie	LALA (fuertemente condicionado)
Otros bancos	41	Grupo asociado	Avío refaccionario	Avío en dinero, refaccionario en dinero	LALA (fuertemente condicionado)

FUENTE: Informaciones proporcionadas por BANRURAL y LALA.

insumos, la mano de obra en la cosecha y los procedimientos de despepito y comercialización. Reuniendo las parcelas y la mano de obra, se intenta superar las limitaciones propias que tienen las parcelas campesinas para adoptar en forma individual el "paquete tecnológico", especialmente en lo referente al proceso de mecanización. Por su concepción, el grupo asociado es el instrumento apropiado para introducir el conjunto de procedimientos que permitan elevar la productividad y disminuir los costos. Por su funcionamiento real, se ha convertido en el ámbito donde se genera el proceso de desapropiación del control de la producción y la dependencia campesina. Su dinámica ha creado una compleja articulación de intereses concretos entre el "inspector de campo" del Banrural, las autoridades ejidales y los jefes de grupo, que aúnan ineficiencia burocrática y ciertas formas de "corrupción" con la provisión de insumos, el control del proceso de trabajo y la administración de los recursos económicos. Este fenómeno, unido a la escasa fiscalización que el productor directo tiene sobre el funcionamiento del grupo, incide significativamente sobre el nivel de productividad física y económica. Por esa razón, grupos que manejan paquetes tecnológicos relativamente similares obtienen resultados sensiblemente diferentes en ambos aspectos (cuadro 5b).

Las diferencias de productividad entre los grupos ejidales vinculados al BANRURAL oscilan, además, alrededor de un nivel medio de 4.8 pacas por hectárea, el rendimiento más bajo de la región, superado tanto por los campesinos independientes, con 6.0 pacas por hectárea, como por el sector privado, que registró 6.5 pacas por hectárea en 1982; similares diferencias se registran en los datos correspondientes a 1976 (cuadro 10). El menor nivel de productividad se halla asociado, como vimos, por un lado a la modalidad de otorgamiento del crédito de avío y, por el otro, a las deficiencias de la organización burocrática del banco en el manejo de ciertos procesos vinculados directamente con la producción de los grupos ejidales. En el cuadro 9 puede verificarse que el BANRURAL entrega el crédito de avío y el refaccionario en especies, o sea que funciona como casa comercializadora y de crédito a la vez. Obliga a los ejidatarios a procesar el algodón en hueso en ciertos tipos de establecimientos administrados por alguna de las "uniones de ejidos" pertenecientes a las organizaciones campesinas regionales y controladas por él mismo, incide fuertemente en la elección del comprador y participa directamente en la determinación de la forma de pago. Por su decisiva participación en todos los aspectos del proceso de producción, sus fallas de organización son responsables, en buena parte, de los bajos niveles de productividad.

En cambio, los productores independientes ligados a refaccionadores particulares y casas comerciales parecen hallarse exentos de estos mecanismos de control burocrático; como reciben el crédito en dinero, sin condicionamientos respecto a la estrategia de producción, tienen más libertad para organizarla de acuerdo con sus posibilidades. Una mayor capacidad de decisión y el acceso directo al mercado de insumos y ma-

quinarias están directamente asociados a un nivel superior de productividad física, a pesar de trabajar individualmente en parcelas minifundistas. Su fuerte dependencia del sujeto prestamista respecto al procesamiento de la fibra y de la comercialización le impide, sin embargo, transformar adecuadamente los mayores niveles de productividad en un ascenso correlativo del nivel de ingresos.

Campesinos forrajeros

La política financiera y el monopolio estatal de la distribución de agua de gravedad mantiene sujeto al 75 por ciento de los campesinos ejidales a la producción algodonera, dentro de una estrategia que no tiene posibilidades de diversificación. Sólo escapan a este doble condicionamiento los ejidatarios que pueden regar una parte de sus parcelas con agua subterránea, ya que el control de este recurso les permite ampliar la superficie sembrada, diseñar nuevas líneas de producción e introducir nuevos cultivos, más rentables que el algodón. En efecto, la superficie cultivada por este grupo es más del doble que la de los productores algodoneros y se dedica casi exclusivamente a la producción de alfalfa (cuadros 2 y 3).

La expansión de cultivos forrajeros comenzó en la década de los años sesenta, impulsada por el crecimiento de los hatos ganaderos en el sector privado y se aceleró en la década posterior, con la introducción de establos en el sector ejidal (Pucciarelli, 1984: gráficas 10 y 11). El cambio de algodón a forrajes, que coincide con esa secuencia, ha significado un sensible mejoramiento del nivel de ingresos generado por la ampliación de la superficie sembrada, la disminución de la complejidad del paquete tecnológico y la elevación de los precios en el mercado regional. En efecto, las 6 084 hectáreas cultivadas en 1982 arrojaron una utilidad promedio de 49 858 pesos anuales por hectárea y de 142 452 pesos anuales por ejidatario, con una extensión media de 2.9 hectáreas por parcela (PIFCL, 1983); los datos de nuestra encuesta son un poco más altos, pero no modifican el significado de las cifras (cuadro 8). De este modo, el beneficio medio por hectárea resulta 23 por ciento superior al de los algodoneros, y si agregamos a ello la ampliación de la superficie sembrada, el ingreso medio anual por parcela se eleva al 164 por ciento.

Los ejidatarios forrajeros controlan, entonces, una mayor extensión de superficie cultivable, necesitan menos recursos económicos para organizar la producción y obtienen con ello mayores márgenes de utilidad. Respecto a la estrategia tecnológica, los datos del cuadro 7a ponen de manifiesto la existencia de un alto nivel de desarrollo en la mecanización de la producción y un notable descenso en la recolección y transformación, tendencia que, comparada con la producción de algodón, se acentúa en relación con la utilización de insumos agroquímicos.

Por su parte, la menor complejidad del paquete tecnológico aparece

asociada con la escasa incidencia del Banrural en el financiamiento de la producción. En 1982 cubría sólo al 35 por ciento de los ejidatarios con acceso a algún tipo de crédito; el resto se hallaba vinculado a refaccionadores privados, propietarios de establecimientos ganaderos, que otorgan préstamos anuales para asegurarse la provisión de forrajes (cuadro 9). Anotemos, además, que para este grupo de empresarios es más importante la provisión de los alimentos del ganado que la extracción de excedentes a los productores campesinos, razón por la cual favorecen su desarrollo económico, bajo la condición de que se mantengan subordinados, como proveedores de materias primas, a sus estrategias globales de producción. Este fenómeno se expresa en la modalidad del crédito; los ejidatarios vinculados al BANRURAL producen en grupos asociados, reciben los créditos de avío y refaccionarios en especies, y a través de ese mecanismo adoptan un paquete tecnológico más complejo, donde los insumos agroquímicos tienen una especial importancia. Los ejidatarios vinculados a refaccionarios privados trabajan en forma individual: reciben crédito de avío en dinero y utilizan cantidades mucho menores de agroquímicos que los anteriores (cuadro 7a). Pero este sector cubre sólo una cuarta parte del grupo de productores forrajeros independientes; el 75 por ciento restante presenta una característica singular: ha logrado su autonomía financiera y puede encarar el proceso de producción sin necesidad de recurrir a ningún tipo de crédito (cuadro 11). Los efectos de esta estrategia económica se analizan más adelante. El 80 por ciento de los que trabajan con crédito lo recibe directamente de los empresarios ganaderos, una relación que confirma, con los datos de la encuesta, la caracterización que esbozamos anteriormente.

CUADRO 10

RENDIMIENTOS DEL CULTIVO DE ALGODÓN EN PRODUCTORES ASOCIADOS
E INDEPENDIENTES DEL SECTOR EJIDAL DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA

Años	Rendimiento pacas por hectárea	
	Ejidatarios asociados	Ejidatarios independientes
1976*	3.45	4.8
1982**	5.0	6.0

FUENTES:

* Informe de investigación agrícola algodoneero CIAN, INIA, SARH, 1975.

** Encuesta socioeconómica, cuadro 18.

CUADRO 11

TIPO DE CRÉDITO RECIBIDO POR EJIDATARIOS INDEPENDIENTES
EN LA REGIÓN DE LA LAGUNA

<i>Tipo de crédito</i>	<i>Independientes</i>	
	<i>Algodoneros</i>	<i>Forrajeros</i>
<i>Tipo de crédito</i>		
No recibe crédito	33	72
Crédito refaccionario	17	3
Crédito de avío	33	13
Ambos	0	10
No contesta	17	2
<i>Sujeto o institución que lo otorga</i>		
Prestamista del ejido	0	3
Pequeño propietario	0	21
Casa comercial	33	0
No tiene crédito	33	72
No contesta	34	4
Ninguno	51	28
<i>Problemas que tiene con el crédito</i>		
Está condicionado	8	0
Es insuficiente	8	0
No tiene crédito	33	72
No contesta	0	0

FUENTE: Encuesta socioeconómica.

Los campesinos estableros

En otro lugar hemos demostrado que el proceso de integración vertical del complejo agroindustrial lechero, comandado por la empresa Lala, una pasteurizadora que monopoliza actualmente el mercado regional y cubre una buena parte del mercado nacional, ha pasado por dos grandes etapas (Hernández, 1983).

Desde su creación hasta fines de la década de los años sesenta, crece al compás de la producción de materia prima regional; su capacidad instalada sólo le permite procesar el volumen de leche producido por los establos capitalistas del sector privado. En la década de los setenta la expansión del complejo industrial marcha a un ritmo mucho más acelerado que la de los productores lecheros, un grupo de prósperos empresarios que a pesar de las enormes inversiones realizadas en instalaciones, maquinaria y planteles ganaderos no puede seguir creciendo por la crónica escasez del agua subterránea necesaria para ampliar el ámbito territorial de sus explotaciones y expandir las siembras de forrajes.

En esa circunstancia, aparece el Estado para impulsar un nuevo proceso de ganaderización en el sector ejidal, que tiende a cubrir los márgenes de la demanda insatisfecha en el sector lechero. Mediante la asistencia técnica, las políticas de promoción y la concesión de grandes créditos refaccionarios convierte a una parte de los ejidatarios forrajeros y de los algodoneros que utilizaban agua subterránea en propietarios de establos altamente tecnificados, destinados a la producción de leche. Se establece de este modo un nuevo proceso de articulación de la producción campesina al sector privado, en este caso mediante la provisión directa de materia prima al núcleo agroindustrial.

Los establos nacen en el sector ejidal financiados por las bancas oficial y privada. La condición básica para su instalación es que los campesinos con posibilidad de sembrar forrajes se asocien y formen nuevos tipos de empresas ejidales, cuyo tamaño depende de la cantidad de hectáreas que pueden dedicar a ese cultivo. La extensión del hato ganadero depende de la capacidad del grupo para alimentarlo con forrajes propios, sin necesidad de recurrir al mercado regional de ese producto, que por la gran demanda del sector privado es altamente deficitario. Por esa razón, los campesinos estableros son, en primer lugar, miembros de grupos asociados para la producción de forrajes y controlan, en algunos casos, superficies de cultivo aún mayores que la de los productores exclusivamente forrajeros (cuadro 2). Todos utilizan agua subterránea, a veces en forma exclusiva y a veces en combinación con el agua de gravedad, proporcionada por el Distrito de Riego. Si suponemos que como productores agrícolas los miembros del grupo "venden" el forraje al establo a precio de mercado, la utilidad individual que obtienen, reúne los beneficios del cultivo de alfalfa y de la producción de leche. A pesar de ello, la utilidad

promedio agropecuaria es menor que la utilidad agrícola de los productores exclusivamente forrajeros: en 1983 se recaudaron 118 165 pesos por ejidatario, ingreso que resulta casi 40 por ciento inferior al de los primeros (cuadro 8). La disminución de las utilidades agrícolas se halla directamente asociada a un menor índice de productividad física de los cultivos, situación que contrasta a su vez con las características del paquete tecnológico. Los productores estableros están igualmente mecanizados y aplican mayores cantidades aún de insumos agroquímicos que los productores forrajeros. Las causas de ese fenómeno deben buscarse en las características técnicas y sociales de todo el complejo agroganadero, un fenómeno que analizaremos más adelante (cuadro 7b).

Los establos y los establecimientos de ordeña de los grupos ejidales se hallan altamente tecnificados. Los procedimientos y los insumos utilizados para controlar la salud y la reproducción del ganado, tanto como las instalaciones y los métodos de ordeña, tienen características prácticamente similares a los del sector privado. El 100 por ciento de los grupos productores utiliza vacunas, antibióticos, semen congelado y servicio veterinario. Una proporción similar ha instalado ordeñadoras mecánicas, tanques de enfriamiento y baños para el ganado; el 60 por ciento utiliza mezcladora de alimentos y el 90 ha instalado silos de trinchera. Todos cuentan, además, con plantas de energía eléctrica independientes (cuadro 7b).

Los planteles ganaderos no son muy numerosos, oscilan entre 70 y 190 vacas en producción, pero se hallan compuestos en su mayor parte por razas altamente productivas que permiten obtener un promedio de 17 litros de leche diarios por cabeza (cuadro 3). En función de estos valores, el volumen total de producción de los establos es muy alto, abastece actualmente el 40 por ciento de la materia prima consumida por la agroindustria regional (Hernández, 1983). Sin embargo, el alto desarrollo tecnológico y los elevados índices de productividad no presentan la más mínima correlación con los rendimientos económicos; los costos de producción son, como en la producción de algodón, tan elevados que dejan un margen irrisorio para el reparto de utilidades. En efecto, el beneficio medio anual obtenido por cada socio de la empresa ejidal en la producción de leche ascendió a 12 385 pesos durante 1982, cifra que representa una tasa de ganancia del 1 por ciento respecto a la cantidad insumida en costos de producción (Programa SAS, 1984: cuadro 27b). Los datos son elocuentes: la producción de leche altamente tecnificada sirve, al igual que la producción de algodón, para crear nuevos empleos en el sector ejidal y proporcionar materia a la industria a bajos precios, que ya no son atractivos para las empresas del sector privado. Ello explica, de un lado, el paulatino desplazamiento de las empresas privadas hacia actividades más redituables; por ejemplo, la ganadería de engorda y la introducción de la producción lechera en el sector ejidal para cubrir la disminución de la oferta esperada en aquel sector (Pié, 1983). En estas con-

diciones, los campesinos estableros parecen constituir uno de los grupos más desfavorecidos de la región; pero para evaluar su verdadera situación económica es necesario tener en cuenta que reciben, como vimos, beneficios de la producción forrajera vendida a su propia empresa. Bajo esta consideración, el ejidatario forrajero-establero llega a obtener uno de los niveles de ingreso promedio más altos del sector ejidal, pero más bajo que el de los productores exclusivamente forrajeros.

Por su origen, todos los grupos se hallan fuertemente ligados al sector financiero: dependen del crédito para su instalación y para su funcionamiento. En este sentido se asemejan a los asociados algodoneiros, pero su relación de dependencia con el banco es mucho más fuerte, tanto en lo que se refiere a los condicionamientos que aparecen junto al crédito de avío como al volumen de endeudamiento asumido por la empresa ejidal para adquirir el ganado y las instalaciones. La mayoría de los establos enfrenta un grave problema: sus márgenes de beneficio no son suficientes para afrontar con solvencia la amortización del crédito refaccionario que hizo posible su instalación. Se vuelven crónicamente deficitarios y obligan al banco, por un lado, a subsidiarlos, dilatando el cobro de las cuotas impagas y, por otro, a intervenir cada vez más activamente en el proceso de producción, para elevar la productividad y hacer descender los costos de producción. La creciente participación de los técnicos del banco va menguando poco a poco, también en este caso, el control de los campesinos sobre el proceso de producción en el establo, y los vuelve a integrar, como trabajadores, en un régimen de producción similar al que priva entre los algodoneiros dependientes del BANRURAL. La mayor complejidad del proceso de producción y el alto nivel de tecnificación del complejo agroganadero amplifican los obstáculos propios de este régimen y hacen descender, aún más que en el caso del algodón, los grados de eficiencia mínimos requeridos por esta estrategia de producción.

Productores algodoneiros diversificados

Estos campesinos cuentan, como los dos grupos anteriores, con la posibilidad de utilizar agua subterránea, lo cual les permite ampliar la superficie sembrada e introducir, como cultivos secundarios, hortalizas, cereales y forrajes, pero manteniendo la primacía del algodón, regado con la cuota de agua de gravedad que le otorga el distrito de riego (cuadro 2). No han podido elaborar todavía una estrategia estable de producción, se hallan en una especie de estado de transición debido a que los grupos combinan, de diverso modo, su condición de campesino dependiente del banco, en relación con el algodón, con los intentos generalmente frustrados de abrir una línea de especialización no algodoneira, prescindiendo del capital financiero. Es por esa razón un conjunto inestable y sumamente heterogéneo, donde se agregan grupos que han fracasado

en la actividad ganadera y se mantienen gravemente endeudados con el banco, y grupos tradicionalmente algodoneiros que incorporan en cada ciclo cultivos complementarios para aprovechar las oscilaciones de la demanda en el mercado regional. Como productores algodoneiros, presentan los mismos atributos que el promedio de los grupos asociados: están altamente tecnificados, obtienen una productividad de 5.6 pacas por hectárea y reciben una utilidad de 67 357 pesos anuales por productor. La incorporación de otros cultivos les permite obtener además un ingreso adicional de alrededor del 30 por ciento, situación que los coloca, en términos económicos, cerca de los grupos medios exclusivamente algodoneiros.

III. LAS CONDICIONES SOCIALES DE PRODUCCIÓN. DIFERENCIAS ENTRE LOS GRUPOS CAMPESINOS

Los datos anteriores nos permitieron identificar algunos de los efectos económicos generados por las diferentes estrategias de producción entre los campesinos del sector ejidal. En relación con su nivel de ingresos, las distancias que los separan no resultan significativas, no constituyen la base material de un amplio proceso de diferenciación campesina intraejidal, tal como ha ocurrido en otras regiones del país. Por el contrario, su situación actual refuerza la imagen de un universo relativamente estable y homogéneo, donde la acumulación de algunos grupos y la disolución de las economías familiares más empobrecidas se presentan más como una excepción, favorecida por circunstancias particulares, que como una tendencia general de desarrollo. Esta caracterización general no debe encubrir, sin embargo, las formas específicas de diferenciación social operadas dentro de algunos de los grandes grupos de producción, formas que no conducen a una extrema polarización pero que deben ser tenidas en cuenta para evaluar adecuadamente la relación existente entre la posición de los productores y sus condiciones de vida y de trabajo.

En relación con el fenómeno de la diferenciación no polarizada, los campesinos encuestados presentan atributos que tienden a homogeneizarse en dos grandes grupos extremos. Uno, el más reducido, se halla compuesto por los campesinos ricos algodoneiros, por los campesinos independientes forrajeros en proceso de enriquecimiento y por los miembros de los pocos grupos ganaderos que han podido consolidar sus empresas ejidales. El otro, que reúne a la inmensa mayoría de los ejidatarios laguneros, está formado por campesinos pobres dependientes del BANRURAL, convertidos mediante el proceso de desapropiación en el núcleo fundamental de la mano de obra semiasalariada de la agricultura estatizada. Entre ambos aparece un grupo intermedio, de perfiles más indefinidos, donde se reúnen los productores independientes, algodoneiros, algunos aso-

ciados ganaderos y una parte de los algodoneiros diversificados.¹⁴ Los analizaremos por separado.

*Diferencias de las condiciones sociales de producción
entre los ejidatarios algodoneiros*

Los productores algodoneiros controlan recursos naturales semejantes, utilizan un paquete tecnológico complejo y, a pesar de ser el más bajo de la región, obtienen un aceptable nivel de productividad. Dentro de este contexto aparecen, empero, marcadas diferencias en los rendimientos físicos, que aumentan en relación con los rendimientos económicos. Como puede verse en el cuadro 5a, la productividad física de los cultivos fluctúa entre 2.3 y 7.3 pacas por hectárea. En el caso de los rendimientos económicos, las diferencias se acentúan si tomamos el valor producido por hectárea: las parcelas más productivas obtienen 400 por ciento más respecto a las menos productivas; si observamos las diferencias en el nivel de utilidad obtenida, los ejidatarios de las parcelas más productivas reciben ingresos que resultan 430 por ciento superiores a los de las menos productivas.

Parece evidente, entonces, que los factores que producen mayores diferencias entre los distintos grupos algodoneiros son la productividad física y los rendimientos económicos, resultados que obedecen menos a las desigualdades en la composición del paquete tecnológico que a la organización técnica y social de la producción. En efecto, los datos agrupados en el cuadro 12 nos permiten corroborar que tampoco en este caso existen diferencias cuantitativas en el control de los recursos naturales. Otros datos de la encuesta indican lo mismo en relación con las características del paquete tecnológico, aunque se registran incrementos de la mecanización entre los campesinos ricos que explican sólo una parte del aumento de la productividad de sus cultivos (Programa sas, 1984: cuadro 45). Las diferencias de productividad se hallan asociados principalmente a la incidencia de tres factores: la calidad del suelo, el mantenimiento de la maquinaria y el modo de utilización de los implementos técnicos y de los agroquímicos.

Respecto a la calidad del suelo, es conveniente tener en cuenta que los campesinos ricos se ubican íntegramente en el área agrícola del municipio de Tlahualillo, una zona donde se han registrado los más altos índices de productividad aun desde la época de las grandes haciendas. Esta característica natural fue acentuada después de la puesta en marcha del Plan de Rehabilitación de la Comarca a mediados de 1960, época en que se reagrupan las parcelas y se rediseña el sistema de cana-

¹⁴ Los criterios de construcción de estos cuadros se exponen en Programas S.A.S. (1984: Cap. III).

les para hacer uso más eficiente del agua de gravedad. La utilización adecuada de los agroquímicos depende de la relación que tienen los grupos con el banco, para obtener aquellos que se adaptan específicamente al tipo de suelo y al tipo de plagas que afectan a los cultivos. Del mismo modo, esa relación condiciona el abastecimiento oportuno de elementos de buena calidad y en buen estado de conservación. Por último, su aplicación oportuna, que es decisiva en el caso de los insecticidas, también depende de la capacidad de resolver el problema con recursos propios, cuando los atrasos burocráticos del banco ponen en peligro el buen desarrollo de los cultivos.

Lo mismo ocurre con la maquinaria: en el municipio de Tlahualillo se halla la mayor concentración de tractores pesados, con una potencia superior a los 60 cv, así como de máquinas niveladoras que preparan mejor los terrenos y permiten un mejor aprovechamiento del agua, gracias a lo cual se ha podido producir el sistema de siembra "en cama" que también ahorra agua, incrementa la productividad y ha permitido introducir la cosechadora mecánica, un nuevo implemento que disminuye costos y ahorra mano de obra. El alto nivel de mecanización va unido a una adecuada organización, destinada tanto a resolver con precisión cada tarea en el momento oportuno como a conservar los implementos en buen estado y atender eficientemente las situaciones imprevistas. Por su origen histórico, siempre fueron los campesinos más eficientes de la región, y por el poder económico consolidado durante la etapa anterior a la constitución del nuevo régimen de producción dirigido por el BANRURAL, en la década de 1970, los campesinos enriquecidos de Tlahualillo han podido resolver favorablemente estos problemas, acumular cierta cantidad de excedentes, e incluso, comenzar un proceso de diversificación hacia otras actividades no agrícolas. Su poder económico va unido, además, a un importante grado de influencia en las organizaciones campesinas, influencia que les permite tener mejores relaciones con la burocracia del banco, tomar parte en la administración de las despepitadoras donde procesan su materia prima y tener trato directo, a veces preferencial, con las casas comercializadoras.¹⁵

Estos factores explican el resto de los datos del cuadro 12: con base en una alta productividad de 6.4 pacas por hectárea y aún más alta por parcela cultivada, generan el valor más alto de la producción por unidad de superficie dentro del sector ejidal. Además, como cultivan con un costo de producción por hectárea menor y pueden retener una parte de los excedentes, que los demás productores pierden en el procesamiento del algodón, obtienen las más altas utilidades respecto del resto de los ejidatarios algodoneros de la región: 212 000 pesos de ingreso anual, que representa, a su vez, una tasa de beneficio del 300 por ciento respecto de los costos de producción. A pesar de esto, su proceso de acumulación de

¹⁵ Un análisis detallado de este grupo puede hallarse en Suárez (1983).

CUADRO 12

DIFERENCIACIÓN SOCIAL ENTRE LOS EJIDATARIOS ALGODONEROS
DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA

	<i>Campesinos ricos</i>	<i>Campesinos medios</i>	<i>Campesinos pobres</i>
<i>Recursos naturales</i>			
Extensión media de la parcela	4.3	4.0	4.2
Ext. media de la sup. de riego	1.8	1.8	1.5
% de riego de gravedad	100	75	83
<i>Rendimientos físicos</i>			
Extensión media del cultivo	1.3	1.5	1.5
Producción por hectárea (pacas)	6.4	6.0	4.8
Producción por parcela (pacas)	8.3	5.4	6.1
<i>Rendimientos económicos (miles de pesos)</i>			
Valor por hectárea	202	174	127
Valor por parcela	294	250	147
Costo de prod. por hectárea	62	71	90
Costo de prod. por parcela	82	97	109
Utilidad por hectárea	120	103	37
Utilidad por parcela	212	153	38

FUENTE: Encuesta socioeconómica, cuadros 17, 18 y 19.

excedentes en la actividad agrícola tiene un límite natural que les impide superar su actual condición de campesinos enriquecidos. Por falta de agua no pueden ampliar la frontera agrícola para reinvertir sus excedentes, y por el fuerte arraigo de los demás campesinos en sus parcelas —respaldados además por el control del Estado y de las organizaciones campesinas— no pueden expropiar tierras ejidales.

En el grupo de los campesinos pobres ocurre, obviamente, todo lo

contrario. Constituyen de hecho la mano de obra fundamental de la agricultura estatizada, situación en la que se encuentran actualmente, después de haber sufrido una paulatina desapropiación del control del proceso de producción. Sus efectos aparecen en el mismo cuadro: controlan las mismas porciones de superficie que los restantes grupos, pero su nivel de eficiencia es mucho menor; producen sólo 4.8 pacas por hectárea, lo que significa una disminución del 25 por ciento respecto a los más productivos, aunque es más grave aún el aumento del 40 por ciento en los costos de producción. Estos dos fenómenos, unidos a la extracción de excedentes que sufren en el procesamiento de la fibra, colocan a su nivel de utilidades en cifras insignificantes: 38 000 pesos anuales por productor, ingreso que en la mayoría de los casos es retenido por el banco para cobrarse deudas impagadas de ciclos anteriores o para abonar la cuota correspondiente del crédito refaccionario. Este grupo obtiene su sustento casi exclusivamente de la retribución al trabajo empleado en el proceso de producción, con los valores fijados por el banco en el "Plan de Operaciones" y recibido a lo largo del año, en función de las tareas realizadas durante el proceso de producción. Para cada tarea se estipula la entrega de una cuota del crédito, pero la insolvencia crónica del productor y el reclamo de las organizaciones campesinas crearon el hábito de entregar adelantos semanales de esas cuotas, adelantos que se han transformado en la práctica en una especie de salario encubierto y la fuente casi exclusiva de ingresos percibidos por la mano de obra familiar.

Las condiciones de trabajo del productor campesino dentro de este régimen resultan de primordial importancia para explicar sus bajos rendimientos físicos y económicos. La observación de campo¹⁶ nos permitió identificar, entre otros, tres grandes factores asociados a la dinámica de los grupos de producción. Se destaca, en primer lugar, la evidente incapacidad de la organización burocrática para llevar a cabo adecuadamente el control del proceso de producción, la contratación de servicios y el abastecimiento de los insumos agroquímicos. A ello se une la distorsión de las funciones originales de los grupos de producción, a partir de la cual se entreteje una complicada red de canales por donde fluyen los excedentes apropiados por sus líderes y representantes. Como contraparte, los campesinos, sin posibilidad de recuperar el control de la producción, impotentes hasta ahora para desprenderse de ese doble condicionamiento, responden con indiferencia a la necesidad de aumentar los rendimientos para justificar la elevación constante de los costos. Por eso es necesario diferenciar, en la mayoría de los grupos, el nivel de utilidades obtenidos por el conjunto y las utilidades reales de los productores, severamente reducidas por los mecanismos de apropiación internos y por el conjunto de obligaciones contraídas con el banco. El grupo se endeuda, se meca-

¹⁶ *Diagnóstico socioeconómico del sector campesino de la Comarca Lagunera*, Informe de investigación, Torreón, mimeo. 1983, anexos I, II y III.

niza, incorpora nuevos elementos del paquete tecnológico a costa de los ingresos mermados del productor, que no puede obtener con ellos mejores rendimientos ni mayores utilidades. En este contexto, cuanto mayor es la complejidad del proceso de producción, mayores márgenes se abren para ampliar la ineficiencia de la organización burocrática y para aumentar las posibilidades de expropiación de algunos líderes ejidales.

Aparecen, por último, los campesinos medios, que tienen como núcleo fundamental a los campesinos independientes, desligados del capital financiero estatal. Como trabajan en forma individual pequeñas parcelas minifundistas, no tienen posibilidad de adquirir maquinaria, aspecto que no se refleja adecuadamente en los datos estadísticos debido a que contratan con terceros que sí la tienen la realización de algunas de las tareas tales como el bordeo, la nivelación y la roturación del suelo. Utilizan, además, menos insumos agroquímicos que los campesinos pobres, lo cual no les impide obtener, sin embargo, altos rendimientos físicos —de 6.0 pacas por hectárea, muy cercanos al de los campesinos enriquecidos. Por esta razón, obtienen valores medios de producción por hectárea, que se reflejan en buenas utilidades anuales y una tasa de ganancia del 14 por ciento respecto a los costos de producción.

El crédito que reciben de refaccionadores particulares condiciona menos severamente el proceso de producción. Como no lo obtienen en especies, mantiene autonomía para seleccionar —dentro de sus posibilidades— el tipo más adecuado y la cantidad conveniente de los diferentes agroquímicos. El menor desarrollo de la mecanización le permite utilizar más intensamente la mano de obra familiar. La inexistencia de los factores distorsionantes de los grupos asociados le permite elevar la productividad —en el marco de los escasos recursos naturales que posee— y disminuir los costos de producción. Como el mantenimiento de la producción y la estabilidad en la parcela depende de sus esfuerzos, se interesa en mejorar los niveles de eficiencia con base en la racionalización del trabajo familiar. Sus posibilidades de expansión son extremadamente limitadas: el minifundio sólo le permite obtener un nivel de ingreso mayor que el de los campesinos pobres y lo obstaculiza para encarar estrategias de producción que lo lleven a superar su bajo nivel actual de acumulación de excedentes.

La homogeneidad de los campesinos forrajeros

A diferencia del caso anterior, el grupo de campesinos forrajeros está constituido por productores independientes. Realizamos la comparación con los grupos asociados de nuestra encuesta para resaltar sus particularidades, pero bajo la advertencia de que por su reducido número no marcan todavía una tendencia de desarrollo significativo dentro del sector ejidal. En efecto, la mayoría de los grupos asociados, constituidos para producir forrajes con el apoyo del banco, se fueron desplazando paulati-

namente hacia la agroganadería y administran una parte de los establos ejidales que existen en la región. Los independientes conservan sus características, en cambio, porque han rechazado esa estrategia y prefieren producir, autofinanciados, en contacto con la demanda de los ganaderos del sector privado (cuadro 11). Con base en esta estrategia iniciaron durante la última década un proceso de acumulación de excedentes que los acerca a los campesinos ricos algodoneros, aunque todavía no se hallan plenamente consolidados. En la actualidad obtienen 210 000 pesos de ingreso anual, uno de los niveles más altos del sector ejidal. al cual hay que agregarle una cantidad indeterminada de beneficios adicionales recibidos por la comercialización de cultivos secundarios, no contemplados en nuestros cálculos (cuadro 13).

CUADRO 13

DIFERENCIACIÓN SOCIAL ENTRE LOS EJIDATARIOS FORRAJEROS
DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA

	<i>Campesinos enriquecidos</i>	<i>Campesinos medios</i>	<i>Campesinos pobres</i>
<i>Recursos naturales</i>			
Extensión media de la parcela	4.5	5.2	—
Ext. media de la sup. de riego	3.1	3.0	—
% de riego de gravedad	33	20	—
<i>Rendimientos físicos</i>			
Extensión media del cultivo	2.6	2.0	—
Producción por hectárea (ton)	84	79	—
Producción por parcela (ton)	223	157	—
<i>Rendimientos económicos (miles de pesos)</i>			
Valor por hectárea	119	111	—
Valor por parcela	316	222	—
Costo de prod. por hectárea	40	40	—
Costo de prod. por parcela	180	80	—
Utilidad por hectárea	79	74	—
Utilidad por parcela	210	154	—

FUENTE: Encuesta socioeconómica, cuadros 21, 22 y 23.

Además de su autonomía financiera, este grupo se caracteriza por lograr altos rendimientos físicos en el cultivo de alfalfa, producto de un manejo adecuado e independiente del proceso de trabajo. Los productores asociados, en cambio, reproducen el mismo tipo de limitaciones que sus similares algodoneiros, condicionados por los controles del banco, y por la distorsión de las normas de funcionamiento del grupo de producción obtienen menores rendimientos físicos y económicos, a pesar de utilizar un paquete tecnológico más complejo y de controlar recursos similares a los forrajeros independientes. La utilidad por hectárea que obtienen es menor aún que la de los campesinos medios algodoneiros, pero se igualan a éstos en el volumen global de ingresos porque cultivan mayores extensiones; razón por la cual no forman parte del estrato de campesinos pobres y se distribuyen en los dos niveles superiores. El agua subterránea les permitió ampliar la superficie cultivada y elaborar estrategias de producción que a pesar de arrojar desiguales resultados económicos ya no dependen del condicionamiento técnico del régimen de distribución de agua superficial. Sin embargo, el violento abatimiento de los depósitos subterráneos, la elevación de los costos de extracción y el control estatal en el sector ejidal les impide continuar creciendo con base en la explotación de ese recurso. El agudo desbalance hídrico que soporta la región desde hace casi treinta años los obligará, dentro de muy poco tiempo, a reducir su nivel de consumo, a limitar el área cultivada y a eliminar la alfalfa de sus parcelas, ya que aunque repone durante su crecimiento algunos nutrientes del suelo, consume más agua que el algodón, y por esa razón se halla mal adaptada a la característica del medio físico de la región (Flores y Pucciarelli, 1983: cap. III).

*Diferencias de las condiciones sociales de producción
entre los campesinos estableros*

La diferenciación interna de los campesinos productores de forrajes y leche se basa principalmente en el control de los recursos naturales, que se traduce en los rendimientos físicos y económicos, razón por la cual cada uno de los estratos presenta nítidos perfiles. La diferenciación económica se contrapone, en cambio, con las condiciones técnicas de producción, que son prácticamente homogéneas, tanto en la ganadería como en la agricultura, aunque en esta última existen algunas discrepancias respecto a la utilización de agroquímicos (Programa SAS, 1984: cuadro 28c). La producción de forrajes se halla tecnificada, por la incidencia de los criterios impuestos por el banco, que a través de mecanismos similares a los utilizados con los campesinos algodoneiros impulsa una mayor mecanización y un mayor nivel de consumo de insecticidas y fertilizantes. Sin embargo, ambos procedimientos provocan en este caso, una importante elevación de la productividad, especialmente en el grupo de altos ingresos.

El nivel de tecnificación de la producción lechera es igual de elevado en los tres tipos de establos. Una característica que aparece tanto en la composición de la maquinaria de los establecimientos de ordeña y en los procesos de preparación de alimentos concentrados como en los insumos utilizados en el cuidado y la reproducción de los planteles ganaderos (Programa SAS, 1984: cuadro 28b).

Como ocurre entre los productores algodoneros, la homogeneidad del equipo y los insumos utilizados no se traduce en similares rendimientos físicos ni económicos. El grupo de altos ingresos tiene un índice de productividad ganadera 13 por ciento superior al del grupo bajo (cuadro 14).

CUADRO 14

DIFERENCIACIÓN SOCIAL ENTRE LOS EJIDATARIOS ESTABLEROS
DE LA REGIÓN DE LA LAGUNA

	<i>Campesinos con altas utilidades</i>	<i>Campesinos medios</i>	<i>Campesinos pobres</i>
<i>Recursos naturales</i>			
Extensión media de la parcela	7.0	5.0	4.0
Ext. media de la sup. de riego	4.0	2.6	4.0
% de riego de gravedad	33	25	50
<i>Rendimientos físicos de la producción de forrajes</i>			
Extensión media del cultivo	2.5	1.7	1.7
Producción por hectárea (ton)	150	121	80
Producción por parcela (ton)	208	109	137
<i>Rendimientos físicos de la producción de leche</i>			
Producción por cab. de ganado (1)	19	17	15
Producción por socio (1)	134	83	57
<i>Rendimientos económicos anuales de la prod. agroganadera (miles de pesos)</i>			
Valor de la producción por socio	1 278	783	645
Costo de la producción por socio	1 039	678	611
Utilidad por socio	239	105	34

FUENTE: Encuesta socioeconómica, cuadros 44, 46 y 47.

Estas diferencias en los rendimientos físicos se reproducen con la misma magnitud en los rendimientos económicos, es decir en el valor total de la producción y en la utilidad distribuida por socio. El grupo de bajos ingresos recibe 34 000 pesos anuales, una cifra aún más baja que la de los campesinos pobres algodoneros. Los campesinos del grupo alto, con una utilidad de 239 000 pesos anuales por socio, se asemejan, en cuanto al nivel de ingresos, a los campesinos enriquecidos de aquel sector. La homologación se detiene, en cambio, cuando confrontamos la tasa de utilidades respecto al costo de producción; para obtener el mismo nivel de ingresos, los campesinos estableros del grupo alto deben realizar una inversión por socio cuatro y media veces superior que la de los campesinos enriquecidos algodoneros. En efecto, al reproducir en menor escala las características de los establos del sector privado, las empresas ejidales deben realizar grandes inversiones en instalaciones, maquinaria y planteles altamente productivos, que son importados en su totalidad del exterior. Esto supone, además de la elevación de los costos, una enorme complejidad del proceso de producción que no tiene un correlato adecuado en la magnitud de los beneficios obtenidos; la tasa de utilidad de los establos más eficientes, sin tener en cuenta la amortización de la maquinaria y la reposición de los planteles ganaderos, apenas supera el 9 por ciento de los costos de producción, y en los menos eficientes se transforma en pérdidas del 6 por ciento anual (Programa SAS, 1984: cuadro 27b). La amortización del crédito absorbe, por lo tanto, la mayor parte de los beneficios obtenidos en los establos más eficientes, la totalidad de los ingresos de los intermedios y provoca un estado de endeudamiento perpetuo entre los menos eficientes. Los dos últimos reciben, en la práctica, la ganancia obtenida en la producción de alfalfa y la retribución de los trabajos realizados en el establo; se diferencian entre sí porque los del estrato medio tienen mejores posibilidades de amortizar sus grandes deudas mientras que los segundos se hallan en estado de quiebra, próximos a su disolución, tal como ha ocurrido en una gran cantidad de ejidos, donde los grupos asociados han vuelto a reiniciar los cultivos tradicionales.

La prosperidad de los establos eficientes es reciente y se apoya en bases endebles que no garantizan su futura prosperidad. Todavía no han acumulado excedentes ni tienen la certeza de hacerlo durante mucho tiempo, pues antes deben superar su alto nivel de endeudamiento y romper las ligaduras técnicas y económicas que los unen a las instituciones financieras. Por tal razón, los campesinos que los manejan no pueden ser considerados todavía como campesinos enriquecidos, ni pueden ser asimilados a los campesinos ricos del sector algodonerero, a pesar de que su nivel de ingresos actual es más o menos similar. Los campesinos miembros de las empresas menos eficientes presentan, en cambio, las mismas características de los ejidatarios pobres algodoneros, aunque su posición social se oculte por el hecho de aparecer como propietarios nominales de un com-

plejo agroindustrial, que tarde o temprano entrará a engrosar, muy posiblemente, la lista de los establos en disolución.

Abrimos, para finalizar, un interrogante que nos remite al tema central, tratado en el capítulo inicial: ¿Cuáles son las causas de las diferencias económicas registradas entre establecimientos que, por su tamaño, por su dotación tecnológica, por sus procesos de trabajo, por su forma de organización y por las características sociales de sus integrantes son prácticamente similares? Para responder a ella es necesario retomar el análisis de los efectos contradictorios generados en el sector ganadero ejidal por la dinámica de un nuevo régimen de producción dominado por el Estado mediante controles y condicionamientos aún más fuertes que los que subordinan a los campesinos productores de algodón. La descripción de sus mecanismos concretos se halla todavía inacabada, pero podemos adelantar que se rige por los mismos principios de funcionamiento, aunque las limitaciones de la organización burocrática, la "ineficiencia" de los grupos de trabajo, la expropiación de excedentes y las formas de dominación interna son más acentuadas y complejas. Acompañan, en ese sentido, la mayor complejidad administrativa, técnica y económica que exige el proceso de producción en el complejo agroindustrial.

El análisis de las condiciones sociales de producción nos permite enunciar, como conclusión, la propuesta adelantada al comienzo de este capítulo. La dominación estatal de la agricultura y la ganadería campesinas ha llegado a constituir un régimen consolidado que a pesar de sus enormes limitaciones garantiza la estabilidad campesina e impide la agudización del proceso de diferenciación social intraejidal. Pero, la gran mayoría campesina mantiene el control sobre sus parcelas a un alto costo: la pérdida del control sobre el proceso de producción y el deterioro incesante de sus condiciones de vida y de trabajo. Aunque nuestra investigación no nos permite establecer proporciones precisas, estimamos que no menos del 80 por ciento de los 43 811 campesinos ejidales se han convertido en la mano de obra semiasalariada de la agricultura y la ganadería estatzada. Del resto, el grupo más numeroso se halla compuesto por los campesinos medios que a través de diversas estrategias de producción logran obtener mayores ingresos, pero no pueden acumular excedentes ni modificar su condición social fundamental. En la cúspide de esta especie de pirámide aplanada, de base extremadamente amplia, se ubica un núcleo muy reducido de campesinos ricos algodoneros y, en un espacio intermedio difícil de precisar, otros dos pequeños grupos en proceso de transformación: los campesinos forrajeros en vías de enriquecimiento y los campesinos establos que han logrado obtener un alto nivel de ingresos.

Las condiciones sociales de producción y el nivel de ingresos de cada uno de estos tres grandes estratos campesinos tiene, por otra parte, un alto grado de correlación con sus condiciones de vida y trabajo. Su situación económica se refleja igualmente en las características de su hábitat, consumo alimentario, estado nutricional, nivel de educación, formas de

participación social y política, etcétera, temas que por falta de espacio analizaremos detalladamente en un trabajo posterior.

BIBLIOGRAFÍA

- Arboleyda, Ruth y Luis Vázquez: (1978), *El colectivismo ejidal y la cuestión agraria en México. El caso de la Laguna*, México, tesis de grado, Escuela Nacional de Antropología.
- CIANE: (1983), *Estudio de caso en el Ejido Solís, sobre las características de la producción de algodón*, Torreón, inédito.
- Flores, Antonio y Alfredo Pucciarelli: (1983), "*The Chihuahuan Desert*". *Report of the first phase*, México, IFIAS, A.B.C. Programe, mimeo.
- Hernández Corichi, Avelino: (1983), *La agroindustria de la leche en la Comarca Lagunera*, Torreón, informe de investigación, mimeo.
- Hernández, Porfirio: (1975), *¿La explotación colectiva en la Comarca Lagunera es un fracaso?*, México, Costa-Amic.
- Martínez Saldaña, Tomás: (1980), *El costo social de un éxito político*, Chapingo, Ed. Colegio de Postgraduados. Universidad de Chapingo.
- Patronato para la Investigación y Fomento de la Comarca Laguna (PIFCL): *Estadísticas agrícolas del año 1982*, Torreón, mimeo.
- Pié, Jorge del: (1983), *Evolución histórica de la ganadería en la Comarca Lagunera*, Torreón, informe de investigación, mimeo.
- Programa SAS: (1984), *La evolución del sistema productivo en la región de La Laguna y sus implicaciones para el sistema alimentario*, México, informe de investigación, mimeo.
- Pucciarelli, Alfredo R.: (1984), "El sentido de la historia regional. Estudio de la Comarca Lagunera", en Alfredo Pucciarelli *et al.*, *Sobre la cuestión agrícola*, México, Universidad Autónoma de Chapingo, Editorial Terranova.
- Rello, Fernando: (s.f.), *El Leviatán lagunero. Ensayo de interpretación sobre una agricultura estatizada*, México, mimeo.
- Soriano, Javier: (1984), *Las organizaciones campesinas de la Comarca Lagunera*, Torreón, informe de investigación, mimeo.
- Suárez, María Josefa: (1983), *Evolución histórica de la producción algodonera en la región de La Laguna*, Torreón, informe de investigación, mimeo.